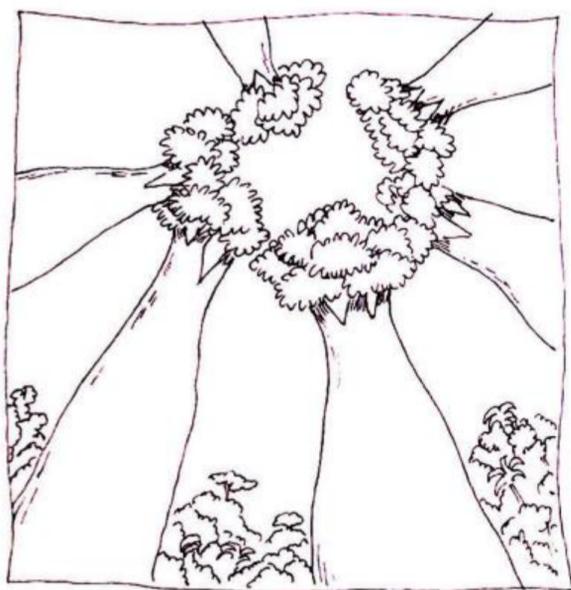


cambio de verlo, se me pudrieron las manos pintándoles de blanco su imperio.

Tanto la pintura como la poesía procuran un tratamiento metafórico que se le da a la imagen, otorgando tensión, drama y pulsión a los cimientos de la percepción, con infinitas posibilidades en el ámbito de la significación y de gran capacidad evocadora de realidades inasibles.



Leamos el poema *Frescos para una invocación*:

Si miras hacia lo alto de San
[Antonio de la Florida
te sacudirá una tempestad de
[ángeles
alrededor de los atormentados.
Otros ascienden por blancas
[columnas
Todavía en la niñez del
[sufrimiento.
En el círculo de mármol
[parecen destrozarse
por ver la altura, o girar
[alocados
con mantas desgarradas.
En el centro la luz los
[enceguece,
pero no deja de ser la belleza su
[morada.

El interés de *La Quinta del sordo* es indagar, desde la poesía, el cómo se produce el arte, localizar las fuerzas que originan las formas y las maneras de representación de esas energías. La poesía aprehende el universo de Goya y lo trasciende, pues a

su vez incitan a otra imaginación en espiral. En ese intento remite a la fuerza del pensamiento, a la germinación orgánica y a la expresión de tensiones entre elementos contrapuestos. Sobre la pintura el poema elabora también un lenguaje plástico significativo. La primera estrofa de *Repaso de historia* así lo atestigua:

Necesitamos la orilla del aire,
ya demasiado hemos vivido
[plegados a la piedra.
Necesitamos una composición
[de colores menos puros
para borrar la hoguera.
Los indeseables caminan al
[suplicio
donde el fuego no duda.
La piedra, más pesada que
[Dios,
se nutre de juramentos.

En *La Quinta del sordo* las cosas del mundo, a partir de Goya, se organizan bajo una lógica de estricta poesía: visiones, alucinaciones, formas, ambigüedad de los espacios, imágenes dislocadas, lo cual crea una sensación de sueño espectral, de extrañas vivencias, atmósferas cambiantes, donde los seres están o pueden desaparecer o transformarse en otros. Lo misterioso domina la perspectiva, el punto de vista del yo poético en continua metamorfosis. Intuición y construcción, dos instancias que Romero Guzmán logra conciliar en este dramático libro, un dibujo del sufrimiento, de la sombra y el vuelo, del olvido vestido de negro; un lugar colmado de preguntas, invocaciones rebeliones, aguantinas, testamentos, museos, cartas y autorretratos.

Una búsqueda, exploración, una disculpa para decir con otras voces que la poesía sigue inventando formas de extraña sensibilidad:

No es el azul ni el áspero marrón...
He querido purgarme en la vasija de los dioses, yo, Goya, natural de Fuendetodos, y decirles también que el sueño de ese color produce monstruos.

GABRIEL ARTURO CASTRO

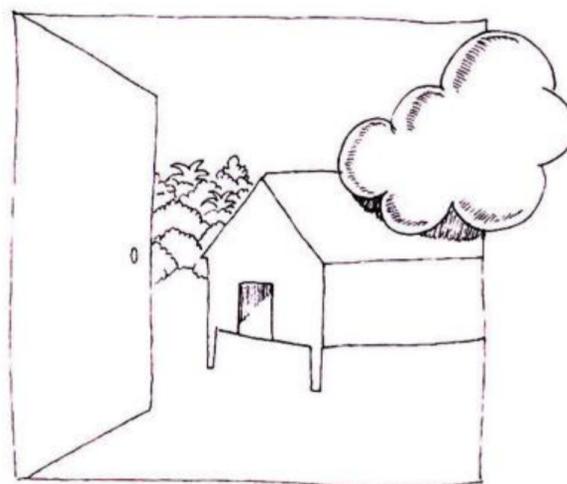
Otra novela para el olvido

La memoria de Elio

Hugo López Martínez

Universidad Tecnológica de Pereira, Pereira. 2009, 172 págs.

No conozco ningún libro de Hugo López Martínez, además del que voy a hablar enseguida, por lo tanto no puedo referirme más que a dicho libro, sin un contexto de su autor, sin contar con el eco del lenguaje de sus demás obras, como creo que es mejor y más justo hablar de un creador.



Se trata de la novela *La memoria de Elio*, una historia que transcurre en un sitio más o menos irreconocible llamado Nueva Mercedes, descrito por el narrador como un pueblo o una plaza o una calle (se hace borrosa la precisión del lugar en la intención, sin duda, de darle al lector esa impresión de nebulosa) donde sus habitantes parecen no sentir ya la vida más que en sus rutinas decadentes y asordadas.

El centro de la novela, su *leitmotiv*, es la *generación anónima* (escrito así siempre: con minúsculas y en cursivas), un grupo de personas que en un periodo del pasado constituyeron el alma de aquel sitio y que representaron la rebeldía contra los poderes establecidos y las ansias de una revolución que se vislumbraba, como casi todas, a la vuelta de la esquina. Sus personajes, que no son muchos a pesar de lo dicho: la protagonista es una generación, se

entrecruzan en un juego de papeles un tanto confusos, marcados por una dualidad que, al igual que la topografía de la novela, parecen confirmar la tesis del desarraigo, la decadencia y la extinción en el olvido.

A pesar del esfuerzo narrativo que realiza el autor en esta novela, es evidente la falta de pericia en la escritura, lo poco atractivo de las atmósferas que logra construir en torno a personajes, situaciones y lugares, y lo esquemático de la estructura psicológica de quienes se erigen como protagonistas de la historia. Manuel, Carmen, Esperanza, Eusebio, Elio..., cada uno cuenta su versión de lo que le ha tocado vivir allí y cada uno evidencia una frustración por lo que pudo haber sido y no fue. Juntos los testimonios y las experiencias de cada uno, quieren ser el todo que redondea el relato y le da sentido. Pero es Elio Figueredo quien cuenta la historia, y ello se sabe porque, al final, uno de los personajes, Joel Demetrio, viejo profesor universitario, recibe por el correo el libro de Elio producto de su memoria de todo aquel tiempo. Es decir, como en el *Quijote*, el libro que el lector tiene entre sus manos, es parte de la trama de la novela y forma parte del mundo de esa ficción.

No es posible, ni atractivo, tratar de darle al lector una sinopsis de esta novela, más allá de las líneas que escribí antes, dada la falta de entusiasmo que produce la narración y la poca compenetración a que puede llegar un lector con este libro. O por lo menos a la casi nula compenetración a que llegué yo. En la intención de hacer una historia que concentrara toda la crítica social y política sobre la condición, tal vez, de un país (¿este país?) y de un momento histórico determinado, el autor construye una suerte de caricatura, de esquema sin gracia en el que alude los tópicos más usuales de una época dada, en la empobrecida condición de quienes la vivieron. Mi objeción no está fundada en el punto de vista del narrador ni en su interpretación “de los acontecimientos” porque, al fin, el lector está ante una novela y no ante un tratado his-

tórico ni nada por el estilo. Mi discrepancia, entonces, con la novela, se basa en que el narrador asume en sus descripciones un concepto absolutamente reduccionista (y, por lo tanto, no creíbles) y limita sus entornos a unos cuantos movimientos y pensamientos absurdos, apesadumbrados, empobrecidos hasta el cansancio. Es la intención del narrador, insisto, pero dicha intención se queda en una opaca narración sin interés.



Lo peor que puede pasarle a una novela, creo, como a cualquier obra de arte, es que ella quiera conceputar acerca de lo que considera correcto en cuanto a la política, la moral, la religión, el sexo, etc., que quiera mostrarnos denodadamente qué es una injusticia social o un error político o una falta de conciencia histórica; cualquier asunto que pretenda aleccionar o dar ejemplos de lo bueno y lo malo, lo debido y lo indebido, lo que da frutos y lo inútil. Y es esto, precisamente, lo que pasa en *La memoria de Elio*: el lector debe sufrir en toda la lectura la cantinela de sus personajes en tanto seres traicionados, injustamente olvidados, frustrados en su aspiración de lograr altos objetivos por encima de una tiránica dictadura, lo que obliga a varios de esos personajes a huir del lugar, a exiliarse en otros países, lo cual, vale decir, tampoco es muy claro en la novela, se menciona sin alma, sin el alma indispensable de los detalles. La novela, toda, puede tomarse como un gran lugar

común: la lucha por la libertad encarnada en un grupo de inconformes que fracasan agobiados por el poder y caracterizados por un romanticismo paralizante. Pero la novela, además, está sucesivamente conformada por pequeños y medianos lugares comunes en la composición propiamente dicha. Al final, a manera de ingenua recompensa por tanta derrota y frustración, el lector recibe una bocanada de optimismo y de “positivismo” en la extraña escena en la cual los protagonistas son llevados en un tren a recorrer el país que ha cambiado, liberado de la tiránica dictadura, y que se muestra ahora en vías de un franco progreso, de vida moderna y democrática. También este final es de una extraña concepción narrativa, al tiempo que no desentona en la ingenuidad artística y conceptual que recorrió todas sus páginas anteriores.

Mención aparte merecerían los descuidos y desaciertos de la escritura de esta novela, las incorrecciones de lenguaje. Inútil también citarlos, pero allí están, testigos y consecuencia de una obra sin logros formales, sin gracia estética, y muy pobre en la intención de sus ideas.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Otra épica del infortunio

El País de la Canela

William Ospina

Norma, Bogotá, Colección La otra orilla, 2008, 368 págs.

Una innecesaria Nota del editor, ficticia —en el sentido literario— como toda la ficción que supone el empleo de un narrador no documentado frente a un fresco histórico varias veces relatado y revertido (por narradores o cronistas en cambio bien documentados: Gaspar de Carvajal, Gonzalo Fernández de Oviedo, el Inca Garcilaso y otros tantos etcé-